

CRISIS: ¿OPORTUNIDAD?*

Horacio CERUTTI GULDBERG **

*A la memoria del amigo y colega
Joaquín Herrera Flores, filósofo
del derecho y obstinado defensor
de los derechos humanos*

Es un tópico reiterado el de asociar crisis con oportunidad. Y no lo menciono peyorativamente, sino —muy por el contrario— con todo el énfasis indispensable que nos permita buscar, escudriñar en el entramado de la crisis esas vetas de oportunidad tan indispensables en la gestación de alternativas auténticas de vida digna para las inmensas mayorías de la población a las cuales les es negada. Justamente el respeto a los derechos humanos en cualquiera de sus manifestaciones, denominaciones o generaciones constituye la base, el supuesto indispensable para la mencionada dignidad.

No soy economista, lamentablemente, pero puedo decir sin temor a equivocarme que he vivido —hasta que se reconoció la crisis financiera internacional en que estamos— dentro del ámbito que dejó marcado a fuego la crisis del año 1929. Para los jóvenes de mi generación las referencias a quienes se suicidaban en New York lanzándose de los balcones de inmensos edificios era una imagen frecuente, casi “familiar” por así decirlo, aunque nos separaba de ella varias décadas. No fue esa, sin embargo, la primera ni la última de las crisis del sistema. Pero sí, quizá, la que más

* Participación en el Seminario Permanente de Derechos Humanos, “V Jornadas: Crisis y Derechos Humanos”, mesa 3: “Economía y ciencia: de la crisis de 1929 a la crisis de hoy”, Instituto de Investigaciones Jurídicas, viernes 30 de octubre de 2009, gracias a la gentil invitación del doctor Luis Díaz Müller.

** Desde 1982 a la fecha: catedrático UNAM (investigador en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y El Caribe y profesor en la Facultad de Filosofía y Letras). De 1996 a 1998: presidente de la Asociación Filosófica de México, A.C. 2006: *doctor honoris causa*, Universidad “Ricardo Palma”, Lima, Perú. Autor *Filosofando y con el mazo dando*, Madrid, Biblioteca Nueva-UACM, 2009, 291 pp.

repercusiones tuvo o se le atribuyeron. Guerras, procesos de impulso a la industrialización “nacional”, etcétera, etcétera, podrían enumerarse como parte de esas consecuencias que se le atribuyeron.

Así, llegamos a esta crisis actual con todas sus inmensas cargas de emociones, presiones, consecuencias deplorables, malestar generalizado, reacciones político económicas arbitrarias, etcétera. Como siempre, quienes están en condiciones de imponer sus decisiones hacen lo que les da la gana. Durante décadas perdidas, dado que fue más de una desde los 80 del siglo pasado, nos habían contado el cuento —pero como si fuera verdad de fe— de que era no sólo indeseable sino hasta “imposible” que el estado interviniera en el mercado, dado que las consecuencias de semejante intervención atentaban contra la “utopía” (en el sentido peyorativo del término) del mercado perfecto, en el cual oferta y demanda se regularían mediante una invisible “mano” *cuasi* divina. Sin embargo, llegó el momento en que Bush junior decidió “inyectarle” algo así como 700 mil millones de dólares (seguro me equivoco, porque la cifra no me cabe en la cabeza...) supuestamente “al mercado”, aunque en realidad en beneficio y salvamento de ciertas empresas que hicieron previamente todas las marrullerías imaginables y aceleraron la llegada de la crisis. En fin, que ahora sí, intervenir el Estado en el mercado era crucial, era el eje de la salvación de la humanidad... Más claridoso y menos eufemístico fue Sarkozy, cuando reconoció que de lo que se trataba era de recrear el capitalismo. Pero no quiero apurar vísperas. Pretendo, más bien, detenerme todavía en algunas de estas dimensiones que considero cruciales desde la perspectiva epistémica, quizá por deformación profesional. Por cierto, resulta sugestivo que la metáfora elegida sea la de una mano invisible y, aparentemente, inteligentísima, dado que siempre se ha despreciado el trabajo manual y se lo ha visto como despreciable e innoble frente al supuestamente muy honroso trabajo intelectual (siempre y cuando estuviera al servicio de los que mandan, porque en caso contrario, quienes se atrevieron a ejercerlo pagaron sus consecuencias...)¹

Por supuesto, en todas partes del mundo, las mayorías desprotegidas, aquellos inmensos sectores que quedan fuera, excluidos de toda forma de *Welfare*, aquellos que quedan fuera de la línea donde comienza algo de comida, servicios de salud, vivienda, higiene, escolaridad, diversas modalidades de seguridad social, trabajo —particularmente esto último— no hallarían ni un ápice de mejoría en su situación. Por el contrario, los sectores medios —cualquiera que sea su caracterización más precisa— van cayen-

¹ Es indispensable remitir al libro clásico de Alfred Sohn-Rethel, *Trabajo manual y trabajo intelectual*, Bogotá, El Viejo Topo, 1980, 210 pp.

do inexorablemente fuera de esa frontera y perdiendo lo poco que tenían de accesos garantizados a ciertos servicios o apoyos. Así las cosas, lo que suele enfatizarse es la dimensión discursiva —¿habría que decir mejor de sermones supuestamente moralizantes?— que insiste en brindar esperanzas sin alterar los cauces del proceso y procurando garantizar lo que en la terminología correspondiente se alude como “governabilidad”. O sea, que no se salgan del huacal quienes en medio de su desesperación podrían intentarlo. Con ello los diagnósticos quedan más o menos como sigue: se trata de “catarritos” de origen externo y nuestra economía está “blindada” o, más vulgarmente todavía, hay que aguantar y resistir hoy las carencias, porque ya llegará un “mañana” donde todo se solucionará como por arte de magia. Por supuesto, el mañana nunca llega, ni llegará, ni se espera seriamente en que llegue. Es sólo retórica, en el mal sentido del buen término, para ganar tiempo siempre insuficiente para mantener la sumisión más degradante.

Las inversiones siguen siendo canalizadas hacia sectores supuestamente productivos sin que, ni por asomo, surjan proyectos coherentes que permitan la inserción social de quienes han sido excluidos y, muchísimo menos, donde se procure avanzar en la promoción de un cierto mercado interno. Si a ello se agrega la avalancha impositiva, donde siempre pagan los “cautivos” y nunca los que hacen grandes negocios, la situación se agrava.

Tampoco soy jurista, pero no hace falta demasiada formación al respecto para poder apreciar los grandes avances en cuanto a la reflexión sobre las diferentes facetas de los derechos humanos y la *cuasi* nula vigencia de los mismos en la efectiva cotidianidad siempre tensa y plena de azares. Durante mucho tiempo se insistió en la necesidad de tomar conciencia y de expandir la conciencia acerca de esos derechos. Pero, en los orígenes mismos de su gestación moderna, por decirlo de alguna manera, ya estaban insertas buena parte de sus dificultades u obstáculos. Con la Revolución Francesa se dará auge a esos derechos mientras tuvieran poco que ver con mujeres o con negros/as. Tanto unas como otros/as tuvieron que ponerse en marcha para hacerlos valer de algún modo, siempre rebasando los marcos de la legalidad vigente, donde justamente lo vigente es lo que se echa de menos. Así se daría pie a los inicios de los procesos de emancipación —truncos, frustrados, pendientes— de nuestra América. En Haití se vería con nitidez esa demanda creciente con todas sus consecuencias institucionales.

Conviene volver al trabajo. ¿Qué significa hoy tener, conseguir, obtener un trabajo? Ni siquiera lo que significaba hace unos años cuando aparecía como sinónimo de una cierta estabilidad y cuando se pensaba casi rutina-

riamente que haber conseguido el puesto colocaba a la persona en la situación de "hacer carrera", de ir avanzando hacia mejores posiciones, asumiendo mayores responsabilidades, logrando producir más y mejor. Ahora, es simplemente una salida temporal, sin ninguna garantía de nada, colgada de la mentada "flexibilidad laboral" o sea de decisiones de "arriba", sin ningún requerimiento para justificar la decisión o permitiendo "justificarla" con cualquier referencia a la crisis en general, a dificultades presupuestales, al desempeño de la víctima. En fin, que trabajo es, más bien, cómo rascarle para lograr algún ingreso, amodorrarse en algún segmento de la burocracia o directamente buscarle por el lado de la delincuencia disfrazada de "informalidad" o lo más "formalizada" posible.

Aquí conviene insistir en que la administración (burocratización de los procedimientos decisionales acerca de la aplicación de las leyes) del estado de supuesto derecho termina por convertir el asunto en un agotador procedimiento papelerístico donde lo único que se desea es que se acabe de alguna manera, sin garantía ninguna para la vigencia efectiva de esos derechos que quedan en palabras, en el mejor de los casos en buenas intenciones, pero no terminan de concretarse efectivamente.

La pregunta que se impone frente a este panorama es por qué, por qué ocurren así las cosas y cómo podría intentarse una vía diferente. Si todo es fruto de la "naturaleza" humana no habría nada que hacer más que aguantar, entrenar la paciencia para seguir soportando más de lo mismo. Si no fuera así y se reconociera cabalmente su naturaleza histórica, procesual, cultural, simbólica, social, política, etcétera, entonces sí se estaría en condiciones de intentar una transformación de fondo.

Si se me concediera, aunque más no fuera a modo de hipótesis, esta última versión, entonces la cuestión cambia radicalmente. Se trataría de examinar a fondo el asunto y ver cómo resulta inaceptable toda esta rutinización tan insuficiente. Por eso, hace ya muchos años, me permitía insistir en la idea de que el más fundamental de los derechos humanos es el derecho al ejercicio propio de la razón. Aclarando que no me refería a una presunta y hasta presuntuosa razón propia, sino al ejercicio propio de la racionalidad que nos es común a todos y todas los seres humanos. Es que para aquellos años en que se estaban gestando las posiciones que luego serían visualizadas como supuestamente "post", particularmente las de una sensibilidad postmoderna que aparecería como deslegitimadora de los denominados grandes relatos mientras ella misma constituía implícitamente un gran relato acerca de la historia, cayendo en las dificultades a veces insuperables de ciertas filosofías de la historia implícitas en la reflexión, reconocer razones por aquí y por allá no era ningún problema, siempre y cuan-

do quedara bien claro, como siempre estuvo y siempre quedó, que quien tenía la fuerza hacía con la razón lo que le daba la gana. Y si no, pensemos en Bush padre “garantizando” la democracia en Irak, por ejemplo... Por lo tanto, la cuestión no es reconocer razones o racionalidades diversas, sino aceptar las reglas lógicas de la racionalidad, no renunciar a ella aunque no tengamos la fuerza y no cejar en el empeño de lograr la vigencia de aquellos derechos, como éste de pensar con nuestras propias cabezas de manera protagónica, que son indispensables para la vida humana.²

Este es el punto donde no se puede eludir la denostada cuestión social, el conflicto social, la violencia que el sistema capitalista instaaura y disimula. No alcanzan todos los maquillajes habidos y por haber para cancelar la vigencia de las reglas del juego del sistema, según las cuales todas las éticas y morales quedan subordinadas a la ética-moral hegemónica: el darwinismo social o sea la competencia individualista a cualquiera precio, caiga quien caiga, sin solidaridad, ni fraternidad, ni hospitalidad, ni nada que pudiera vislumbrarse como muestra de debilidad.³ Los fuertes son los que triunfan. ¿Y si no triunfan? Es que no eran fuertes..., o hábiles, o vivos, o ambiciosos, o capaces, etcétera, etcétera. En palabras concisas: dentro de las reglas de juego de este sistema, que se especializa en exacerbar las diferencias, es muy difícil si no casi inviable hacer efectiva la vigencia de los derechos humanos, porque hasta lo humano es convertido en negociable, canjeable, mercancía al fin y al cabo o, peor aún, materia prescindible, con todas las consecuencias que de ello se derivan. No quiero dejar de consignar, entre ellas y justamente porque no se trata de excepciones, la de los campos de concentración y exterminio, modelos de las sociedades actuales y, de ninguna manera, casos excepcionales como suele aludirse. Más bien, formas paradigmáticas de organización de lo social, sin participación y sin asomos de aquella soberanía por la que tanto se luchó durante centurias, especialmente en el mundo ibérico, aunque no quede demasiada conciencia de ello.

No puede eludirse, entonces, la confirmación de la dificultad nodal para enfrentar la crisis y, de veras, superarla: las reglas del juego del capitalismo. Sin transgredir o rebasar esas reglas del juego, vale decir, sin ruptura de fondo con el sistema capitalista, no hay salida factible de la crisis. Sólo

² Cf. mi *Democracia e integración en Nuestra América (Ensayos)*, Mendoza, Argentina, Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo, 2008, 180 pp.

³ Cf. Ricardo Maliandi, *Ética: dilemas y convergencias. Cuestiones éticas de la identidad, la globalización y la tecnología*, Buenos Aires, Biblos-Universidad Nacional de Lanús, 2006, 253 pp.

paliativos a la espera de la próxima crisis, pero no salida o solución efectiva de lo que produce las crisis. El costo de no enfrentar esta cuestión de fondo sigue representando dolor, sufrimiento, exclusión, ninguneo y afectaciones radicales a los principales derechos humanos: el derecho al ejercicio propio de la razón y el derecho a la dignidad humana más plena.